

## Habitar la ambivalencia

# Límites estructurales y experiencias sensibles de valoración positiva del trabajo de intervención social en sectores populares en Chile<sup>1</sup>

Andrés Durán Pereira<sup>2</sup>

*Universidad Academia de Humanismo Cristiano (Santiago, Chile)*

### RESUMEN

Relevando el punto de vista de profesionales de la intervención social con énfasis en lo barrial, el presente artículo analiza la experiencia de trabajo atravesada por dos procesos importantes: por un lado, consideraciones acerca de los *límites estructurales* de la sociedad que pesan sobre las acciones realizadas, y, por otro, la *valoración positiva* de pequeñas iniciativas que son desarrolladas para y con la comunidad. Visualizadas a través de una investigación cualitativa y la aplicación de entrevistas semiestructuradas, tales procesos muestran el modo en que dichos procesos han debido ser elaborados por parte de quienes implementan proyectos gubernamentales en sectores populares, lo que supone un conjunto de reflexiones sobre el papel del Estado, el quehacer interventor y las iniciativas territoriales. Discutiendo con las tesis institucionalistas de evaluación de política pública que se concentran en el “efecto de barrio, se sostiene que considerar la voz de los interventores se torna crucial para comprender esa zona de mediación que vincula las grandes transformaciones de la sociedad chilena del último tiempo, con las experiencias de los habitantes. De forma particular, se concluye que el análisis del trabajo profesional permite reflexionar acerca los límites y alcances de las intervenciones socioterritoriales, relevando al mismo tiempo una dimensión de vulnerabilidad y agencia que es compartida por los actores.

Palabras clave: Intervención social, Trabajo profesional, Vulnerabilidad, Sectores populares.

### *Inhabit ambivalence*

## *Structural limits and sensitive experiences of positive assessment of social intervention work in popular sectors in Chile*

---

1 Esta investigación se realizó en el marco de la investigación doctoral titulada “El gobierno de los barrios “críticos”. Analítica de la relación entre Estado y territorio en tiempos neoliberales, financiada por la Agencia Nacional de Investigación ANID.

2 Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Chile. Académico Escuela de Psicología. Facultad de Ciencias Sociales y Educación. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Código ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-3656-8190>. Correo electrónico: andres.duran@uacademia.cl

## ABSTRACT

This article analyzes, from the point of view of social intervention professionals, the experience that brings together two important processes: considerations about the *structural limits* that weigh on work actions, and the *positive assessment* of small initiatives that are developed for and with the community. Worked from a qualitative point of view, such experiences show the way in which the tension has had to be elaborated by those who implement projects with a strong territorial work component. Discussing with the theses of evaluation of public policies, with the approach of the neighborhood effect and with the orientations of the new urban marginality, the work maintains that considering the voice of the interveners becomes crucial to understand that zone of mediation that links the large transformations of society, with the experiences of the actors. In particular, it is concluded that the analysis of professional work allows us to think about the limits and scope of shared vulnerabilities among actors, and interdependent actions that are updated to promote moments of dignity in the territories.

Keywords: Social intervention, Professional work, Vulnerability, Popular sectors.

DOI: 10.25074/07198051.43.2882

Artículo recibido: 17/12/2024

Artículo aceptado: 29/12/2024

## INTRODUCCIÓN

Desde los años 2000 en adelante, asistimos en Chile a una importante transformación en el tratamiento gubernamental de los problemas que afectan a los sectores populares urbanos, a saber, aquella que refuerza estrategias territorializadas de intervención social (Letelier 2018, 2021). Sean leídos en clave de pobreza o vulnerabilidad, o sean comprendidos como problemas de seguridad o violencia urbana, los males que aquejan a este sector de la sociedad pasaron a ser inteligibles como problemas territoriales, ubicando en este clivaje conceptual al *barrio* como objeto suigéneris de acción del Estado (Letelier 2018, 2021). Desde diferentes voces autorizadas en la materia, se enfatizó que es a una escala barrial que deben comprenderse los problemas sociales de los actores urbanos populares, puesto que desde allí no solamente se logra una comprensión más adecuada, sino que se habilita la promoción de iniciativas para contrarrestar lo identificado como problemático (Manzano, 2009).

Del lado del diagnóstico, todo indica ser mucho más complejo que la sola situación de brecha económica históricamente presente en estos sectores, puesto que abarca otros procesos, tales como la fragmentación de las relaciones sociales entre vecinos, la baja participación de los habitantes en iniciativas de interés compartidas, el aumento de la violencia interpersonal, y, como corolario de lo anterior, un incremento de la inseguridad en los barrios (Candina, 2006; Lunecke y Ruiz, 2007; Olavarría et al., 2008; Ruiz, 2012; Frühling y Gallardo, 2012; Manzano, 2009; Parraguez, 2012; Hidalgo et al., 2017). La presencia conjunta de estos problemas territoriales prontamente acreditó a las autoridades políticas

de turno para nombrar de otro modo a los sectores populares, generando identificaciones particulares que visibilizaran tanto la intensidad, como la gravedad de estos. En los últimos años surgieron por doquier discursos sobre los *barrios marginales*, los *barrios peligrosos*, los *barrios vulnerables*, los *barrios vulnerados*, los *barrios en desventaja social*, los *barrios sin potencial*, los *barrios en dificultades*, los *barrios en crisis*, los *barrios desorganizados*, los *barrios en transición*, los *barrios críticos*, los *barrios de alta complejidad*, y los *barrios prioritarios*; es decir, toda una extensa nomenclatura identificadora que ha terminado sosteniendo que en el último tiempo Chile no ha podido escapar a la tendencia de expansión y desarrollo de sectores que viven al calor de ambientes amenazados, como se visualiza en tantas otras partes del mundo (de Castro, 2018)<sup>3</sup>

Del lado de las iniciativas propuestas, desde el año 2001 hasta nuestros días, las diferentes administraciones políticas han decidido sostener una relación de intervención socioterritorial sobre los emplazamientos *vulnerables* o *críticos* del país, con el propósito de enfrentar los problemas que en ellos se identifican (Reyes, Arensburg y Póo, 2016). Si bien los actores implicados en las intervenciones han sido heterogéneos, los procesos más relevantes han provenido del Ministerio de Vivienda y Urbanismo y del Ministerio del Interior y Seguridad Pública. Estas instancias han materializado diversos planes, programas y proyectos en distintas zonas urbanas del país. Desde el Ministerio de Vivienda y Urbanismo, se destaca el Programa Recuperación de Barrios, reconocido ampliamente por el Programa Quiero mi Barrio (Campos y Duré 2021; Ulriksen, 2019) y que surge con el objeto de contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de habitantes de emplazamientos marcados por la segregación, la vulnerabilidad, o el deterioro urbano, y la violencia, asegurando grados importantes de implicación y participación de la comunidad (MINVU, 2007). Por el lado del Ministerio del Interior y Seguridad Pública, la oferta de ha sido más amplia, incluyéndolo el Programa Barrio Seguro (2001-2007), el Programa Comuna Segura Compromiso 100 (2001-2006), los Planes Comunales de Seguridad Pública (2006-2010), el Programa Barrio en Paz (2010-2014), el Fondo Nacional de Seguridad Pública (2010 al presente), el Programa Juntos más Seguros (2015 al presente), los Planes Integrales en Barrios de Alta Complejidad (2015-2018) y los Planes Maestros para Barrios Prioritarios (2019) (Frühling y Gallardo, 2012). En todos los casos, el objetivo de estas iniciativas gira prioritariamente en torno de la prevención y el resguardo de la seguridad pública en los territorios.

Ahora bien, este escenario de focalización barrial de las intervenciones sociales del Estado se asocia al desarrollo de al menos tres perspectivas. En primer lugar, se encuentran las miradas de evaluación de la política pública que visibilizan aspectos institucionales importantes, proponiendo cambios o mejoras en los dispositivos gubernamentales para alcanzar los objetivos propuestos. Desde aquí se han relevado elementos como la

---

3 Un interesante trabajo en que se tematiza la importante proliferación de nombres con los que los sectores populares han sido identificados por el Estado, es el que realiza Alejandro de Castro (2018), quien se focaliza en el término "Slums" para analizar sus definiciones históricas, sus similitudes y diferencias, encontrando más de cuarenta maneras diferentes de denominación en distintas partes del mundo.

necesidad de robustecer los recursos económicos y profesionales de los planes, la pertinencia de descentralizar la implementación de los dispositivos, la conveniencia de generar articulaciones interministeriales e interinstitucionales con propósitos de integralidad del trabajo, o bien, la necesidad de avanzar en evaluaciones de procesos que complementen las de productos (Lunecke y Ruiz2007; Olavarría et al., 2008; Frühling y Gallardo, 2012).

En segundo lugar, destaca la perspectiva popularizada como *efecto de barrio* (Larenas et al., 2018), que sostiene que la delicada situación de muchos territorios urbanos debe leerse por el lado de los recursos, capitales y capacidades relacionales que pueden existir o no en un barrio (Manzano, 2009; Ruiz, 2012). Esta perspectiva pone el foco en la necesidad de articular todas las estrategias necesarias para restituir formas colectivas y virtuosas de asociación entre los actores, a fin de habilitar una restitución del tejido social (Manzano, 2009) y activar lo que se denomina como control “social informal”. Desde este punto de vista, el Estado debe avanzar en la rearticulación de elementos que se promuevan como recursos a ser aprovechados por los habitantes, evitando la generación de “capitales sociales perversos” que propicien la transgresión de la ley en los territorios (Lunecke et al., 2007).

En tercer lugar, destaca una nueva perspectiva de la marginalidad que coloca su atención en las transformaciones sociales del último tiempo, y en particular, en las debilidades institucionales que presenta la sociedad chilena, marcada por el modelo de desarrollo neoliberal. En este planteamiento, el debilitamiento de las instituciones se presenta como signo de un Estado precario en los territorios, ambivalente en sus prácticas, imposibilitado de proteger a los habitantes. Esta perspectiva de trabajo se focaliza en los efectos que ha provocado la crisis de las instituciones de *lo social* (Waquant, 2013), las cuales ya no operarían como entramados de soportes que permiten sostener las trayectorias de vidas de las personas, dejándolas, en muchos casos, a la deriva y en estado de desamparo (Ruiz-Tagle et al., 2021).

Si bien cada una de estas perspectivas ha aportado elementos importantes al debate acerca del tratamiento contemporáneo de la pobreza, la inseguridad y la violencia en sectores populares, menos atención se ha puesto a una voz preponderante en el engranaje interventor, a saber, la voz de los profesionales que cotidianamente se relacionan con los territorios. La omisión de este lugar de enunciación en los análisis no deja de llamar la atención, en la medida en que atender a quienes ofrecen la mediación en la relación compleja entre Estado y territorio intervenido, se torna crucial para hacer inteligible la operatoria del Estado en la práctica (Auyero, 2013) y para desde ahí poder hacer una lectura de la sociedad que se habita, considerando siempre las experiencias concretas e históricamente situadas (Araujo y Martuccelli, 2012). Pero más aún, si como indica Rojas (2019), toda iniciativa de intervención en *lo social* comunica un modo acerca de cómo la sociedad se interroga e interpreta a sí misma para comprender sus problemas y modificar el curso de su trayectoria, atender a la voz de los profesionales permite visibilizar cómo esa comprensión se actualiza siempre tensionada y conflictuada, evidenciando, desde ahí,

los desafíos que presenta el trabajador de la intervención, así como las formas de elaborarlos.

El presente artículo se propone analizar la experiencia de profesionales que implementan las iniciativas estatales de intervención socioterritorial en barrios consignados como *críticos*, a fin de dar cuenta del anudamiento que vincula los *límites estructurales* que se imponen sobre el quehacer, con el *reconocimiento y valoración positiva* de pequeñas acciones desplegadas en los territorios. Un límite, por una parte, porque diferentes dimensiones de la estructura social del país son entendidas como elementos infranqueables que operan como dique ante los propósitos de transformación social, regeneración barrial, o mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes. Pero un reconocimiento o valoración favorable de pequeñas acciones, por otra, en la medida en que lo realizado cotidianamente pasa por un proceso de elaboración de lo puesto en juego desde las prácticas. Reconocer aquellos elementos, implica tomar distancia, habilita un pensar sobre sí que es al mismo tiempo poner atención sobre los otros implicados en el proceso ¿Cómo se tramita, desde el punto de vista profesional, el sentimiento de estar en presencia de un límite estructural difícil de franquear desde las acciones de intervención, y al mismo tiempo, la valoración positiva de lo que se realiza en cada barrio?, ¿Cómo se tramita ese nudo que tensiona pero que a la vez ofrece un lugar de relevancia al trabajo?, ¿Qué dinámicas contemporáneas de la subjetividad se pueden identificar en torno al trabajo de intervención en lo social?, son algunas de las preguntas que guían este análisis.

En esta línea, se comprenderá la intervención social como una experiencia para quién la implementa. A modo de consideración conceptual, es importante señalar que la noción de *experiencia* a la que se hace referencia en este trabajo sigue los planteamientos de Dubet (2010), Kathya Araujo (2009), Danilo Martuccelli y José Santiago (2017), quienes la entienden menos como la exposición desnuda de un actor a los acontecimientos de la vida, y más como una elaboración por parte de los actores, realizada a partir de los marcos sociales y culturales disponibles. En ese sentido, una experiencia es siempre una hechura significativa para el individuo, que ha sido elaborada gracias a los elementos disponibles es un momento histórico determinado. En estas elaboraciones se jugarán no solamente las posibilidades de estabilidad y representación del mundo circundante, sino también la visión que se pueda realizar de uno mismo y de las acciones que se emprende. Desde ahí, la relación al mundo en tanto que experiencia, es menos el asunto de *lo vivido*, que la cristalización simultánea de elaboraciones por parte del actor, de los saberes cotidianos sobre lo social que se desprenden de tales elaboraciones, así como de las prácticas y relaciones con uno mismo y con los demás que orientan el actuar o lo limitan.

Ahora bien, si la intervención social en los barrios consignados como *críticos* por el Estado constituye en efecto un trabajo, en este artículo aquella noción alude al modo de relación que los profesionales establecen con las comunidades, desde su quehacer, viéndose animados a emprender prácticas no solo para el cumplimiento de los objetivos formalmente planteados en los planes de intervención, sino también movilizados para

imprimir sentido a lo que realizan, y desde ahí para encaminar acciones y prácticas que permitan enfrentar los desafíos (Araujo, 2009). Vale decir: lo que interesa desentrañar en este texto es el entramado ambivalente de sentidos que emergen desde y con la intervención social, entendiéndola como una forma gubernamental de la sociedad que se cristaliza en experiencias concretas. Esto es importante porque las dinámicas contemporáneas del trabajo que se aprecian en el quehacer interventor comunican menos una relación unidireccional de la política pública en curso, de arriba hacia abajo, y mucho más un entramado de prácticas que forjan el sentido valorado de lo que se realiza, al mismo tiempo que las interrogaciones críticas que habilitan una distancia respecto de la propia acción en los territorios, muchas veces impulsadas por sentir el peso de la estructura social sobre los hombros.

Se trata, en este caso, de la relación trabajo y subjetividad, allí donde lo primero quiere decir relación “tramitada” o “elaborada” de lo realizado, mientras que lo segundo implica que lo movilizado por el actor no es independiente de la ambivalencia y las tensiones que constituyen toda práctica de trabajo. Justamente por ello, porque en este caso el trabajo constituye una experiencia, donde la implicación, la afectación, la identificación, tanto como la distancia, la crítica o el desaliento respecto de lo realizado, se constituyen en los materiales sobre los que el profesional ha de trabajar. En este registro que atiende a las ambivalencias y tensiones, la frontera que distingue la escala individual y la escala social se difumina prontamente, puesto que es una determinada sociedad la que se lee desde las iniciativas interventoras implementadas por los actores, al tiempo que aquella sociedad, a su vez, hace inteligible las experiencias de trabajo en lo social (Auyero, 2013). No hay, por un lado, sociedad que impone un límite y, por otro lado, el individuo que solo absorbe de manera pasiva lo que se impone, o, si se prefiere, no hay trabajadores de lo social de un lado, y estructura social que limita las acciones, por otro. Lo que se aprecia desde esta perspectiva es el anudamiento complejo, internamente tensionado, muchas veces ambivalente, que vincula al actor con su sociedad, al profesional con su espacio territorial de desenvolvimiento, al interventor con las comunidades. En ello -veremos- el actor está a prueba constante, o, dicho de otra manera, su quehacer constituye siempre un desafío que enfrentar y tramitar.

## METODOLOGÍA

Se realizó una investigación cualitativa, que consideró la aplicación de doce entrevistas (Canales, 2014) a profesionales encargados de implementar las iniciativas gubernamentales en diferentes barrios que son objeto de preocupación para el Estado. La relevancia del trabajo con las entrevistas radica en que estas permiten examinar elementos que los documentos institucionales no permiten revelar sobre la implementación de dichas iniciativas. En este caso, se realizaron entrevistas semiestructuradas (Flick, 2007) a profesionales que implementan iniciativas estatales de intervención socioterritorial en barrios consignados como *críticos* en el entramado gubernamental de acciones llevadas a cabo por el Ministerio de Vivienda y Urbanismo y por el Ministerio del Interior y Seguridad Pública, incluyendo a tres tipos de profesionales:

a) profesionales de implementación directa de las iniciativas; b) profesionales a cargo de la gestión municipal de las iniciativas; y c) profesionales vinculados a los diseños que emanan desde los ministerios públicos implicados. Se consideró, entonces, a participantes que estuvieran vinculados a las prácticas interventoras provenientes de ambos ministerios. Por otro lado, es importante indicar que los entrevistados provienen de las áreas profesionales de la Psicología, el Trabajo Social, la Sociología, la Arquitectura y el Paisajismo, quienes en la práctica realizan una labor interdisciplinaria.

El análisis de la información se realizó por medio del análisis del discurso (Íñiguez, 2003) con apoyo del software para tratamiento de datos cualitativos Atlas Ti, desde donde se generaron las categorías que organizaron el cuerpo de resultados de investigación.

En relación con las consideraciones éticas de este trabajo, los elementos que fueron resguardados son los siguientes: acceso voluntario a la participación en la investigación; entrega de información específica acerca de por qué y a qué se estaba invitando a participar; indicación acerca de que podía desistir de participar cuando se estimara conveniente y por cualquier motivo; compromiso de uso confidencial y anónimo de la información. Esto quedó consignado mediante la firma o aprobación grabada (en el caso de las entrevistas online) de un consentimiento informado, donde se informó a los participantes de estas consideraciones. En concordancia con lo indicado, se anonimizaron los nombres en el análisis, así como los territorios en que lo informantes desempeñan su labor.

## RESULTADOS

El peso de estructural de la sociedad.

En tiempos profundas transformaciones sociales (Araujo y Martuccelli, 2012), el trabajo cotidiano de intervención del Estado sobre los territorios populares del país para nada se presenta como un ejercicio transparente, mecánico, unidireccional y lejos está de no experimentar tensiones. Si bien las tesituras experimentadas por los actores encargados de llevar adelante las iniciativas son variadas y de diferente índole -desde la desconfianza de los habitantes para con el Estado, hasta el diálogo muchas veces irritado con las diversas escalas institucionales que atraviesan las iniciativas (local, municipal, ministerial), pasando por la preocupación manifiesta entre la escasa temporalidad de los proyectos y la calidad de los productos alcanzados- una de las cuestiones transversales que se deja ver al respecto es lo que hemos agrupado bajo la denominación *el peso de lo estructural*. Esto corresponde a una experiencia muy sentida que, desde el punto de vista profesional, habrá que ir elaborando conforme avanzan las iniciativas, a veces con mayor o menor éxito, a veces incluso a costa de experimentar frustraciones en el camino.

En esta línea, tres reflexiones que nos comparte uno de los entrevistados permiten ir aproximándonos al problema:

...lo que más me afecta son ciertas historias de vida que son horribles, que son terribles y que tú no puedes hacer nada o muy poco, porque responde a deficiencias

estructurales del modelo. Eso es horrible. Estoy pensando en algunas experiencias, por ejemplo, en el primer Quiero mi Barrio, en el piloto, había una señora que iba permanentemente a la oficina, que se llamaba Rosa. Ella había sido profesora de francés, había tenido algunas complicaciones familiares, y ella tenía mal de Diógenes. Entonces eso generaba un problema comunitario importante porque, suponte, con algunos colegas hacíamos trabajos voluntarios, íbamos a limpiar su casa, entonces, como no había pagado las cuentas de su casa, literalmente su baño estaba lleno de mierda, la casa llena de desperdicios, que para ella tenían un valor (E1\_QMB).

La otra situación que me pasó más cercanamente fue, por ejemplo, en el barrio anterior en el que estuvimos: me tocó una situación en la cual un huevón le estaba pegando a su pareja ¿cachai? Entonces me tocó intervenir, con lo que eso implica. Era un loco que vendía drogas, entonces me decía: “te voy a matar”, y “tú qué te metí”. Tener que hablar con su familia, ver que su familia estaba también súper atemorizada, de tener ese conflicto interno de querer a su hijo, pero, por otro lado, estar súper atemorizado de su hijo. Y claro, frente a eso estás cagado, no es mucho lo que puedes hacer (E1\_QMB).

Tengo un chico, por ejemplo, que es hijo de una dirigente de ese barrio, que yo quiero mucho, y puta, este cabro tenía 16 años, y salió a robar en un auto, y después de una persecución los pacos lo mataron ¿cachai? Entonces, puta, te encuentras con eso, trabajar con eso, y trabajar con lo cual tu no puedes hacer mucho o nada, yo creo que es algo que a uno le queda para toda la vida (E1\_QMB).

Las tres escenas relatadas por el entrevistado se conectan con lo horrible y lo terrible de ciertas situaciones, y que no dejan de estar atravesadas por una fuerte carga afectiva. La de conocer de cerca la forma de vida de una persona mayor que acumula objetos y desperdicios, esperando algún día venderlas para enfrentar las duras condiciones económicas que impone la sociedad. La compleja situación que se ha tenido que vivir cuando, al ver que están golpeando a una mujer en las calles del barrio, se siente el deber de salir en su ayuda, recibiendo de vuelta todo tipo de amenazas, incluso la de la muerte. O la de experimentar lo terrible, a su vez, a la hora de presenciar que la vida de un joven de 16 años se pierde producto de un balazo policial. De alguna manera, los adjetivos “terrible” y “horrible” que utiliza nuestro entrevistado intentan recrear una imagen gráfica, aunque dolorosa, de las difíciles situaciones que acontecen en el barrio popular, y que se van comprendiendo progresivamente en las narraciones como situaciones que comunican el peso de lo estructural. Pero no son experiencias “terribles” solamente por el contenido que cada una de ellas comportan, sino también porque se entiende que “no puedes hacer nada o muy poco”, vale decir, porque informan a su vez de aquello que no puede ser enfrentado adecuadamente solo desde el quehacer interventor. Este tipo de consideraciones van apareciendo continuamente en los relatos cuando preguntamos por aquellos momentos de tensión respecto del trabajo que cada uno desarrolla, tal como se aprecia en las siguientes reflexiones: “... entonces bajo esos objetivos, la verdad que el campo de acción del programa es bastante acotado, y digo acotado porque en realidad las problemáticas que se experimentan estos barrios son de carácter estructural” (E4\_QMB) y “...yo creo que hay un problema, y es que el programa no logra hacerse cargo de estos problemas mayores”(E5\_QMB).



Son muchos los elementos con que cada profesional caracteriza eso tan difícil de revertir, porque aparece como parte de una estructura anquilosada. Desde brindar oportunidades reales a los habitantes, ofrecer un equipamiento urbano de calidad, habilitar recintos de salud adecuados, entregar buena educación, facilitar movilidad social, hasta promover, por fin, la anhelada integración social. En todo caso, respecto de cada elemento mencionado, “lo mayor” no deja de vincularse en los relatos con la tan sentida injusticia y desigualdad que históricamente golpea a los barrios y a sus habitantes, tal como se puede apreciar en las siguientes reflexiones “Y sobre todo con este proceso que te comentaba también al inicio, de expansión, fragmentación y segregación, ahora, la alta desigualdad que estamos viviendo en el país” (E4\_QMB).

... yo creo que el gran problema es que cuando llega la gente, la gente está como con grandes frustraciones, porque el sistema es muy injusto. Entonces, más allá del programa, el sistema mayor es injusto, entonces tú te encuentras con eso (E6\_QMB).

Si bien se reconoce que cada uno de estos elementos estructurales se sitúan más allá del radio de acción de las iniciativas de intervención, ello no quiere decir que la preocupación por no poder atenderlos genere menos irritación. Al contrario, cada uno de estos elementos es tematizado como aspectos que afectan sensiblemente el quehacer cotidiano del trabajador del barrio, provocando, en no pocas ocasiones, consideraciones críticas respecto del mismo marco institucional en que cada cual se desenvuelve. Como apreciaremos más adelante, no es que se valore menos la labor que se realiza, es que se reconoce que, a pesar de los esfuerzos, siempre se llega a chocar con una suerte “techo”, con un “límite”, sin poder alcanzar aquellos aspectos que serían considerandos como de fondo, situando a las prácticas gubernamentales, por ello mismo, como acciones que operan siempre más en la “superficie” de un problema, que en las profundidades de aquello que lo genera.

Sí; el problema es un cambio estético del espacio público. Sí, tú puedes hacer harto o puedes mejorar la experiencia del usuario en este caso, pero no vas a revertir las problemáticas que tienen de fondo [...]. Y hoy plantear un mejoramiento de espacios públicos puede ser un pasito, pero no es el tema de fondo, porque el tema de fondo tiene que ver con las desigualdades (E4\_QMB).

Las consideraciones compartidas por cada profesional no dejan de comunicar importantes dualidades por las que atraviesa la experiencia de trabajo territorial, sobre las que sin embargo se reflexiona paulatinamente: es el “pasito” o el “gran avance”, es el profundizar hasta el “fondo” o quedarse en la “superficie”, es la promoción del cambio “estructural” o bien, la modificación “cosmética” de los problemas. En esta línea de consideraciones, la “profundidad”, tematizada como un aspecto relevante pero que no alcanza a tocarse, aparece también como un aspecto de interrogación crítica hacia el Estado, concebido como un actor al que le ha quedado grande el verdadero desafío. Si de lo que se trata es de “regenerar un barrio”, de “rehabilitarlo” -como reza la política pública-, lo que se emprende desde los programas no alcanza porque el Estado en realidad no logra estar a la altura de las circunstancias: más que pensar en la ciudad, lo que se hace es trabajar en “un punto

de la ciudad”, lo que se considera insuficiente. El quehacer profesional topa así con las amplias ambiciones gubernamentales, vale decir, entronca con los ideales plasmados en la política, en las orientaciones técnicas, o en los objetivos de los programas, que sin embargo no se condicen con lo que efectivamente se puede hacer, en la práctica.

Creo que el Ministerio tiene lineamientos muy ambiciosos. [...]. Entonces tengo la impresión de que tú generas una expectativa a la comunidad de que se va a hacer un trabajo, de que le vas a dar un banquete, y al final le das tres dulces (E6\_QMB).

Así, lo “cosmético” no ataca el fondo, el “maquillaje” no enfrenta lo estructural, y “tres dulces no son un banquete”. Consideraciones de nuestros entrevistados que en ningún caso desvalorizan el trabajo que se realiza en cada barrio, pero que sí lo tensiona, lo interpela, dando cuenta del modo en que la estructura social está profundamente conectada a la experiencia cotidiana y subjetiva de trabajo. Es desde la propia experiencia interventora que la estructura social, las dinámicas institucionales, en fin, el Estado, se torna objeto de escrutinio por parte de los entrevistados en la medida en que los anhelos de transformación se ven muy alejados.

En esta línea, el profesional no solo interroga el aparato gubernamental al apreciar que el desafío le sobrepasa, sino que se conflictúa a sí mismo cuando reflexiona sobre las barreras con la que se encuentra en su trabajo cotidiano, y cuando anuda, en el pensamiento, tales muros estructurales a las historias que recibe y las situaciones que le toca acompañar. Porque el profesional reconoce que son historia de vidas, de toda una vida, que están hechas a menudo de daño y abandono, de desvaloraciones y de muy poco reconocimiento. El trabajador se tensiona a sí mismo porque sabe que aquellas historias atravesadas por el peso de lo estructural pasan a ser también, de alguna manera, parte de su propia historia, de su propia biografía, en tanto que forman la hechura de sí como trabajador orientado al mejoramiento de las condiciones de vida de otros. Son historias que acompañan al profesional porque se encarnan, marcan, dejan una huella, haciendo entonces que el asunto sea leído como un verdadero conflicto ético para con lo que se realiza.

Son huevadas que están tan profundamente imbricadas, y que no tienes mucho que hacer, entonces te genera un conflicto ético importante, porque por un lado tu podí satanizarlo y decir: “mira este huevón que le pega a la señora, vende droga y es un maldito bastardo”, pero por otro lado también cachai que eso es producto de una historia de vida, de abandono, [...] y nada, yo creo que es algo que a uno le queda para toda la vida, supongo, no sé [...] que te construye, de hecho, te construye (E1\_QMB).

A pesar de la cercanía con tales experiencias, y a pesar incluso de la implicación emocional de las situaciones que ha tocado vivir, se opta por no “satanizar” lo ocurrido, y más bien por atender -por elaborar diríamos- lo que aquellas situaciones ofrecen, comprendiéndolas como parte del camino que se recorre en cada barrio. En ello, algo de tales experiencias van quedando. O, por decirlo de otro modo, el profesional de las intervenciones urbanas se forja también a la luz de esas experiencias dolorosas respecto a las cuales ha ofrecido una escucha y un acompañamiento, como si tales escuchas y tales

acompañamientos se prestaran al mismo tiempo como modalidades de inscripción de las historias de otros en el mismo profesional, en sus formas de pensar, de actuar y de sentir. En la medida en que eso es así, lo que se va forjando a cada momento del periplo interventor es un reconocimiento relativo no solamente acerca del límite de un Estado que persigue propósitos que en realidad no se logran alcanzar, sino también acerca de una sociedad que no resuelve lo problemático porque se encuentra fundada en la desigualdad y la injusticia estructural. Además, el profesional reconoce también sus propios límites, sus propias fragilidades, su propia vulnerabilidad en tanto que actor expuesto al peso de lo estructural. Este último punto es relevante, puesto que si la condición de vulnerabilidad ha sido entendida por el Estado y la literatura especializada general como una condición que sería propia más bien del barrio y sus habitantes, los relatos no dejan mostrar en realidad que estamos en presencia de una experiencia común de vulnerabilidad, transversal a unos y a otros.

Las experiencias sensibles de valoración positiva de las pequeñas iniciativas

Si lo que hemos denominado el peso de lo estructural se presenta como un elemento sentido porque tensiona y hace reflexionar sobre la propia práctica, el segundo elemento a destacar es aquel que remite a las valoraciones positivas que vive y expresa el profesional acerca ciertas iniciativas llevadas a cabo en los territorios. Concentrarnos en este punto es importante puesto que permite una comprensión compleja de la intervención socioterritorial, allí donde el peso de los límites de la sociedad puede dar la impresión de paralizar la acción, o bien, ofrecer un panorama que de la impresión de pérdida de sentido de lo realizado. Pero, en realidad, ocurre todo lo contrario. Atender a este punto implica reconocer que el trabajo en lo social está hecho de luces y sombras, de claros y oscuros (Rojas, 2019), de zonas grises (Auyero, 2013) y que entonces acciones humildes y modestas pueden presentarse como la posibilidad no solamente de imprimir un sentido al trabajo, sino de abrir tales sentidos hacia otras formas de lo posible, desde la intervención (Karsz, 2023); otras formas tanto para las comunidades como para el mismo trabajador en el marco de una labor que se ha tornado cotidiana. Como veremos, se trata de acciones acotadas que sin embargo comparten ese hecho: son valoradas tanto por lo que ofrecen a la comunidad como por lo que generan al lugar subjetivo del profesional, aspecto muy próximo al analizado por Campos y Duré (2021) acerca de los procesos de *afectación sensible* que tienen sitio en acciones de trabajo territorial.

En esta línea de consideraciones, los entrevistados destacan iniciativas humildes que sin embargo han marcado importantemente sus trayectorias:

Hicimos, me acuerdo, una actividad que me marcó mucho, que era el café Concert. Un poco rescatando el concepto de dignidad en la gente, porque la gente aquí en Peñalolén no puede disfrutar un día de un café Concert, con un saxofonista, a todo cachete, mientras ellos se toman algo (E3\_QMB).

Pero todo esto fue preguntado a la gente, por ejemplo, lo de los murales, en los talleres, les preguntábamos a los cabros qué quieren decir de su barrio. Los cabros decían que

hay cosas que no le gustaban, como por ejemplo eso donde botan la basura. Entonces terminamos haciendo un mural que era como el contraste de un barrio cochino y un barrio limpio, y pintamos un slogan que decía: “mi barrio no es tu basurero”. Y se veía cuático en Tobalaba, justo a la hora del taco, la gente estaba interpelada a ver eso. Empezamos a generar un sentido de identidad. (E3\_QMB).

Un café Concert para el barrio; los talleres en que se ofrece una pregunta respecto de qué es lo que un grupo de jóvenes quiere comunicar; y la hechura de murales en que se plasma un ideal que es al mismo tiempo un alegato: “mi barrio no es tu basurero”. Estas acciones son leídas, en cada caso, como la generación de un sentido de identidad en que la alteridad no se desdibuja, vale decir, la construcción de un “nosotros-con-otros” de barrio que se empeña en decir “estamos aquí y este lugar no es tu basurero”, o bien en visibilizar un “estamos aquí y merecemos un momento de disfrute”. Esta posibilidad de ofrecer un momento calificado como de dignidad para la comunicad en el marco de los encuentros, es también lo que de alguna manera transmite otro de nuestros entrevistados, quién relata lo valioso fue la experiencia de participar, como profesional, en la realización de la jornada de navidad, en un territorio en el Sector del Castillo, comuna de la Pintana, en el que las cosas “están terribles todos los días”:

...o sea, para uno de los eventos más importantes que era una navidad en El Castillo, nosotros decidimos que más allá de aportar en infraestructura, también aportamos en dar un poco de alegría a estos barrios, que tú sabes que están terribles todos los días. Nosotros dijimos, ya, ¿qué hacemos?, se trabajaba con todas las delegadas, se paseaba un viejo pascuero por todo El Castillo, todos los niños corriendo detrás. Cada junta de vecino, más o menos serán 12 estaciones, cada junta de vecinos esperaba el viejo pascuero y se terminaba en un sector del Castillo. Nosotros dijimos, ya, ¿saben qué? ¿querían ustedes generar un show navideño? nosotros armamos un escenario ahí, con unos carros... bien bonito, genial. Nosotros este año nos ponemos con el escenario y el viejo pascuero, con un carro. De verdad que ver a la gente, que para nosotros cuando vamos un recital para un show de luces, con un escenario grande, eso lo vemos cada vez que vamos a un recital, pero como la gente que no lo ve nunca y que tú dices pucha, no es algo tan profundo, ¿cachai?, pero es un momento de felicidad que de verdad que en estos barrios no los tienen (E1\_PSP).

Cada acción realizada por los equipos profesionales se va transformando en un aporte, porque de lo que se trata es de contribuir, de cooperar, de colaborar en la producción del disfrute, en la generación de un poco de alegría o felicidad para la comunidad, sin importar que estos momentos respondan en realidad a pequeñas instancias, porque lo verdaderamente relevante es que justo ahí se coloca en juego lo que se valora. La alegría llega, o la felicidad del otro acontece en el preciso momento en que se ofrece la posibilidad de experimentar algo que no es parte de la cotidianeidad territorial y que a menudo no se puede sentir ni observar. La dignidad acontece cuando es posible ofrecer algo que el otro está a menudo impedido de ver: un escenario, las luces, un viejo pascuero que pasea en carro, mientras los niños corren tras él. Este reconocimiento positivo y sensible de iniciativas humildes conecta menos con el ideal de producir una gran transformación de la estructura -como sostiene la tan mentada regeneración urbana-, que con la posibilidad de

ir hilvanando en el hacer y desde el quehacer profesional la emergencia de afectos y emociones que hacen sentir al habitante parte de algo: una conversación y encuentro con el otro, una puerta que habilita y movilizan posibilidades, un mural que reclama respeto. Se reconoce que en lo pequeño está la agencia, y las experiencias no dejan de insistir en la importancia de ello.

Por ejemplo, en el Cabildo, nosotros construimos un acceso en Pudahuel cuando la gente se sentía en el patio trasero de la comuna. Se sentían en el límite, era un barrio límite. Entonces para ellos era un sentimiento, una emoción, y nosotros le dijimos no, pues si esto es la puerta. Y construimos la puerta en el mismo lugar, no cambiamos de lugar, sino que solamente le pusimos un nombre, y entonces ahora ellos se sienten en la puerta de la ciudad o de su comuna (E5\_QMB).

Hicimos viveros en sitios de alto tránsito que a la gente en la noche le generaban inseguridad. Entonces la gente se empoderó caleta con ese tema de los huertos; eran lugares sin identidad, ¿qué hicimos? mosaicos de plantas, yerbas medicinales, así, bacán, la gente hasta ahora se mantiene con ese huerto, y ese lugar nunca más volvió a ser rayado, no hay microbasurales. Tú pasai y la gente lo mantiene, entre ellos lo mantienen, ¿cachai? y en ese espacio se generó un micropunto verde de identidad para el sector (E2\_PSP).

Hacíamos talleres de mosaico, por ejemplo, con una casa de la mujer en la población Santo Tomás, y a lo mejor anteriormente no, no tenían ni los recursos para hacerlo, pero en definitiva las unió mucho más, porque los trabajos que hicieron lo hicieron para la comunidad y no solo para ellas, sino que para la sede. En esas bancas que eran como de cemento, de concreto, también hicieron mosaico, entonces se comprende que embellecer es un modo aportar con esto a la comunidad. Son cosas muy pequeñas, cosas muy pequeñas que no necesariamente tienen que ver con que vas a terminar con la delincuencia (...), pero se sienten más respaldadas porque tienen conocimiento frente a estos delitos, no normalizan las balaceras, cachai, o sea, dicen, nosotros no po, tenemos derechos y entonces se comienzan a cuestionar (E3\_PSP).

Tanto la puerta, como los viveros y los mosaicos se presentan como metáforas simbólicas y materiales para indicar la valoración significativa de las experiencias de trabajo territorial en *lo social*. Una puerta construida en un barrio cuyos habitantes se han sentido como lo que queda siempre al fondo, como el patio trasero de una ciudad que históricamente les esconde. Pero la elaboración de la puerta resignifica, reposiciona y recompone incluso una percepción de lo que son o pueden llegar a ser. Ya no el límite alejado de una ciudad que excluye, sino el principio territorial que recibe y que alberga; la entrada que abraza al que llega desde otro lugar. Así mismo, de la conversación en el cabildo surge la posibilidad de que los actores habiten otra emoción y otro sentimiento, muy distinto al inicialmente detectado. Otro tanto ocurre también con la reconfiguración del espacio barrial concebido por la profesional, en principio, como un territorio sin identidad, el que cambia de rostro gracias a la iniciativa del huerto. Del temor y la inseguridad se abren paso a un tomar la iniciativa, a un apropiarse del espacio, y desde ahí a un cuidado por lo que han de construir. Que el espacio barrial haya dejado de ser un

basural y se mantenga en el tiempo como un huerto, es signo del tiempo de trabajo ofrecido, allí donde las yerbas y las plantas habilitan otro paisaje. La hechura del trabajo en torno a los mosaicos realizado con mujeres hace aparecer, a su vez, el sentido profundo del quehacer territorial, valorado menos por generar aportes individuales que por colocar en una primera línea de preocupación a la comunidad, a la sede, al espacio de todos.

En la pequeñez de tal acción se comunica, no obstante, la grandeza de lo que importa, que es siempre una práctica llevada a cabo para otros, a causa de un habitar en común (Castro-Serrano et al., 2023). Por su puesto, lo que se valora es también una suerte de crecimiento personal en la medida en que las mujeres, por ejemplo, se sienten respaldadas, exigen derechos y comienzan a cuestionar. Sin embargo, ese respaldo, ese reclamo, y los cuestionamientos al sistema respecto de muchas naturalizaciones, solo hallan su condición de posibilidad en el pequeño pero sostenido quehacer con otros, forjado para otros. Esto es lo que más se valora, tal como se refuerza a propósito de la experiencia en el barrio San José, de la comuna de Independencia:

Por ejemplo, en independencia, en un barrió pobre, en un barrio que es vulnerable por antiguo, porque las personas ya están viejas. [...] Es un barrio pobre, muy pobre, muy viejo, ahí había personas que no participan de actividades en diez años, personas que de repente, con emoción dicen: así como es que me hice amiga de la Juanita, mi vecina de años y nunca había hablado con ella, y somos vecinas (E8\_PQM).

Con todo, cada una de estas consideraciones profesionales informan sobre la sensible valoración de experiencias en las que se juega menos el anhelo de la gran transformación social, que pequeños gestos que marcan la vida de quienes habitan el territorio y de quienes ofrecen su trabajo desde los procesos de intervención. Para los habitantes, se dice, tales gestos no son más que pequeñas iniciativas, acciones menores que no obstante adquieren una tonalidad mayor puesto que ofrecen otro sentido a la vida en lo barrial. Desde ellas se va hilvanando una identidad territorial en la que un “nosotros”, a menudo desvanecido e infravalorado por la literatura científica bajo la clave del *efecto de barrio* (Olavarría et al. 2008; Manzano, 2009), aparece como posibilidad de encuentro, de escucha, de pregunta, de compañía. Desde esas pequeñas iniciativas algo tan importante como el reconocimiento del otro surge, como lo indica Serge Paugman (2012), no solamente como un contar “para”, sino con un contar “con”, en que el “con” es lo valorado por el profesional en la medida que es lo que justamente se fortalece. En el café Concert, en el mural, en la colocación de un escenario para celebrar la navidad, en el dibujo de la puerta como metáfora para dejar de ser concebido como el patio trasero, en la elaboración del huerto comunitario, en la construcción de los mosaicos que embellecen la sede o las bancas del barrio, en cada una de estas singulares acciones, es la valoración del trabajo en común lo que realmente se identifica como relevante y significativo. Ello ocurre así porque es la condición de vulnerabilidad compartida (Santiago, 2021) lo que en el fondo se revela en el análisis de las iniciativas. O lo que sería lo mismo, lo que siempre aparece es la advertencia de que es en la interdependencia de la vida, de las acciones, del sentir, en que la cuestión profunda del trabajo en *lo social* se deja observar. Una interdependencia que, tramitada

desde las acciones, ha habilitado el reconocimiento de que esas pequeñas iniciativas valen la pena.

## DISCUSIÓN

En general, el estudio de las iniciativas gubernamentales implementadas en las últimas décadas para afrontar los problemas de pobreza urbana, de desafección comunitaria, de violencia e inseguridad, han focalizado su atención en el complejo entramado institucional de la política pública o en el declive del tejido social al nivel de los actores, para desde ahí ofrecer explicaciones causales de los fenómenos y acontecimientos (Candina, 2006; Lunecke y Ruiz, 2007; Olavarría et al., 2008; Ruiz, 2012; Frühling y Gallardo, 2012; Manzano, 2009; Parraguez, 2012; Vanderschueren, 2016; Hidalgo et al., 2017; Ruiz-Tagle et al., 2021). Tales aproximaciones han permitido generar un importante conocimiento no solo sobre las iniciativas interventoras desplegadas en los barrios denominados *vulnerables* o *críticos*, sino también sobre las transformaciones institucionales que se han venido desarrollando en los últimos años, mostrando, sin embargo, su creciente precarización.

Reconociendo el aporte de estos trabajos, el esfuerzo aquí realizado se ha encaminado más bien en atender una voz crucial del engranaje que vincula al Estado con los territorios, al nivel de las experiencias (Araujo, 2009), concentrándonos en las reflexiones que dan luces acerca de elaboraciones profesionales. Es en este horizonte epistémico que hemos relevado la voz de los trabajadores de las intervenciones de *lo social*. Salvo algunas excepciones (Rojas, 2019), esta perspectiva ha sido menos atendida en los trabajos de investigación, suponiendo en general un clivaje conceptual estrictamente descendente, vale decir, que considera primero lo macro (El Estado, la política pública) para ir desde ahí hacia lo micro (las relaciones cotidianas a nivel territorial), descuidando en ello el lugar de mediación que ofrece el quehacer profesional para vincular ambas escalas, que siempre operan en interacción. En nuestro caso hemos querido justamente atender este espacio del “entre” que anuda las estructuras con las prácticas (Dubet, 2010; Araujo y Martuccelli, 2012), en el entendido de que algo importante se coloca en juego allí, a saber, la posibilidad de leer las dinámicas de la sociedad contemporánea desde las prácticas de intervención social, abrazando una interpretación que releva la experiencia del trabajador. Como hemos apreciado, estas prácticas, siendo parte del dispositivo gubernamental, no operan de manera homogénea y de manera descendente, sino que se tensionan o se interpelan muchas veces desde abajo, recomponiendo y resituando sus sentidos y significados del quehacer, permitiendo visibilizar elementos que las orientaciones técnicas no alcanzan a detectar, o que las perspectivas comúnmente utilizadas no logran considerar.

Si lo que hemos denominado como “el peso de lo estructural” aparece con fuerza en los relatos de nuestros entrevistados, es porque desde allí emergen consideraciones no solamente relacionadas con los límites del trabajo de intervención, sino también con aquellos que dan cuenta del estado de la sociedad contemporánea y el modo de su funcionamiento (Rojas, 2009). Una sociedad que no deja de estar sostenida sobre la base

de desigualdades e injusticias históricas, y que hace pensar al trabajador, en no pocas ocasiones, que la labor emprendida en el barrio opera como puro “maquillaje”. Si muchas veces las emociones y sentimientos de frustración aparecen en las narraciones, es porque el sistema social se percibe pesado, lo que hace que las iniciativas sean entendidas como verdaderas pruebas o desafíos a veces imposibles de enfrentar favorablemente (Araujo y Martuccelli, 2012). Desde ahí, se aprecia que es la propia posición de vulnerabilidad profesional lo que se hace inteligible: cada actor de la intervención territorial, expuesto a los embates de la sociedad en su quehacer, no detenta inmunidad respecto de una fragilidad a menudo compartida, fragilidad tanto más importante de reconocer cuanto que se conecta sentidamente con aquella de los habitantes. En ello y sobre ello, el profesional hace un trabajo sobre sí y los demás, vale decir, aparece una suerte de reflexividad que atraviesa lo realizado, en la medida en que se habilita la posibilidad de volver a pensar, de volver a mirar, de volver a interrogar sus prácticas. En verdad, como hemos apreciado, se actualiza una posición subjetiva que asume que acciones significativas se pueden actualizar, aunque el margen de maniobra sea siempre acotado.

Es en el marco de estas consideraciones es que aparece la valoración positiva de las iniciativas que los profesionales han querido relevar, donde el peso de lo estructural como límite se entrelaza con fugas imprevistas, con pequeños ordenes de sentido que marcan las trayectorias porque abren posibilidades allí donde todo parece taponeado. En realidad, y en estas circunstancias, la vulnerabilidad que observa pero que también encarna el profesional interventor se torna menos una impotencia que paraliza las acciones, que una agencia que moviliza y genera efectos significativos: la pregunta ofrecida en el marco de los talleres, el gesto del encuentro con los jóvenes, el diálogo promovido en el cabildo, las miradas de mujeres que se entrecruzan estableciendo una amistad. Todo ello agencia, en buenas cuentas, lo que la misma estructura desea limitar, a saber, un nosotros territorializado, un lazo afectivo que atraviesa las dinámicas barriales, en fin, un reconocimiento en el que la vida del otro vale la pena.

Las elaboraciones profesionales examinadas en este trabajo nos invitan a profundizar en aquellos elementos que las perspectivas institucionales o las investigaciones focalizadas en el efecto de barrio en general han desatendido: el hecho de que las transformaciones estructurales de los últimos años que no dejan de golpear a los sectores populares necesitan ser leídas a la luz de las experiencias cotidianas de los actores, considerando en ello el trabajo que unos y otros movilizan, no sin tensión, no sin ambivalencia (Araujo, 2009).

Si las limitaciones de este estudio han tenido que ver, en lo fundamental, con no incorporar la voz y las experiencias de los habitantes de los sectores populares, ello mismo se presenta como una oportunidad para que futuras investigaciones que se esfuercen en comprender cómo los límites que impone la sociedad y las experiencias sentidamente valoradas en los territorios, dan cuenta de un entramado complejo de relaciones, lazos, y vínculos, entre unos y otros, o mejor, de unos *con* otros.



## REFERENCIAS

- Araujo, K. (2009). *Habitar lo social. Usos y abusos en la vida cotidiana del Chile Actual*. LOM Ediciones.
- Araujo, K. y Martuccelli, D. (2012). *Desafíos Comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Tomo I*. LOM Ediciones.
- Auyero, J. (2013). *Pacientes del Estado*. Eudeba.
- Canales, M. (2014). *Escucha de la escucha: Análisis e interpretación en la investigación cualitativa*. LOM Ediciones.
- Candina, A. (2006). *Manual de relaciones policía y comunidad. Casos y soluciones (Vol. 3)*. Centro de Estudios en Seguridad Ciudadana.
- Campos, L. y Dupré, A. (2021). Programa Quiero mi Barrio como dispositivo de afectación sensible. *Bitácora Urbana Territorial*, 31(II), 283-296. <https://doi.org/10.15446/bitacora.v31n2.86756>
- Castro-Serrano, B., Ceruti-Mahn, C., Fernández-Ramírez, C., & Garay, J. M. (2023). Intervención en lo social y filosofía del contagio. *Cinta de Moebio*, (77), 160-175. <https://doi.org/10.4067/S0717-554X2023000100160>
- de Castro, A. (2018). Slums. Desmontando el concepto. *ARQ*, 98, 80-91. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-69962018000100080>
- Dubet, F. (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid, UCM-CIS
- Flick, U. (2007). *Introducción a la Metodología Cualitativa*. Morata.
- Frühling, H. y Gallardo, R. (2012). Programas de seguridad dirigidos a barrios en la experiencia chilena reciente. *Revista INVI*, 27(74), 149-185. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582012000100005>
- Hidalgo Dattwyler, R., Urbina Terán, P., Alvarado Peterson, V. C. y Paulsen Bilbao, A. (2017). Desplazados y ¿olvidados?: contradicciones respecto de la satisfacción residencial en Bajos de Mena, Puente Alto, Santiago de Chile. *Revista INVI*, 32(89), 85-110. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582017000100085>
- Íñiguez, L. (2003). *Análisis del discurso Manual para las ciencias sociales*. Editorial UOC.
- Karsz, S. (2023). ¿Qué es una intervención social? *Revista Intervención*, 13(1), 156-168. <https://doi.org/10.53689/int.v13i1.175>
- Larenas, J., Fuster, X. y Gómez, J. (2018). Vidas cotidianas intervenidas: Cuando el Estado irrumpe en el territorio. El caso de la población La Legua, Santiago de Chile. *Scripta Nova-Revista Electrónica de Geografía Y Ciencias Sociales*, 22(584), 3-31. <https://doi.org/10.1344/sn2018.22.19331>

- Letelier Troncoso, L. (2018). El barrio en cuestión: fragmentación y despolitización en la era neoliberal. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 22(602). <https://doi.org/10.1344/sn2018.22.21518>
- Letelier Troncoso, L. F. (2021). Geografías vecinales más allá del barrio. Nou Barris (Barcelona) y Las Américas (Talca, Chile). *Bitácora Urbano Territorial*, 31(1), 113-126. <https://doi.org/10.15446/bitacora.v31n1.86832>
- Lunecke, A. y Ruiz, J. (2007). Capital social y violencia: Análisis para la intervención en barrios urbanos críticos. En Dammert, L., & Zúñiga, L. (Eds.), *Seguridad y violencia: Desafíos para la ciudadanía* (pp. 189-207). FLACSO.
- Manzano, L. (2009). *Violencia en los barrios críticos. Explicaciones teóricas y estrategias de intervención basadas en el papel de la comunidad*. RIL editores - CESC.
- Martuccelli, D. y Santiago, J. (2017). *El desafío sociológico hoy: Individuo y retos sociales* (Vol. 305). CIS-Centro de Investigaciones Sociológicas.
- MINVU. (2007, 12 de abril). *Decreto 14 Reglamenta programa de recuperación de barrios*.
- Olavarría, M., Tocornal, X., Manzano, L. y Fruhling, H. (2008). Crimen y violencia urbana. Aportes de la ecología del delito al diseño de políticas públicas. *Revista INVI*, 23(64), 19-59. <https://doi.org/10.5354/0718-8358.2008.61886>
- Paugman, S. (2012). Protección y reconocimiento. Por una sociología de los vínculos sociales. *Papeles del CEIC*, 2012(2), n° 82. <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/82.pdf>
- Parraguez, L. (2012). La reconstrucción de movimiento social en barrios críticos: El caso de la "Coordinadora de Pobladores José María Caro" de Santiago de Chile. *Revista INVI*, 27(74), 217-246. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582012000100007>
- Reyes, M. J., Svenska, A. y Póo, X. (cords.). (2016). *Vidas cotidianas en emergencia. Territorio, habitantes y prácticas*. Social - Ediciones, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile.
- Rojas, C. (2019). *Ayudar a los pobres: Etnografía del Estado social y las prácticas de asistencia*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Ruiz, J. (2012). Violencias en la periferia de Santiago. La población José María Caro. *Revista INVI*, 27(74), 249-285. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582012000100008>
- Ruiz-Tagle, J., Alvarez, M. y Labbé, G. (2021). *Marginidad urbana y efectos institucionales: Sociedad, Estado y territorio en Latinoamérica a comienzos del siglo XXI*. RIL Editores.
- Santiago, J. (2021). *Caras y Soportes de la Vulnerabilidad*. Ediciones Catarata.
- Ulriksen, C. (2019). Genealogía del primer programa chileno de recuperación de barrios vulnerables "Quiero mi Barrio" en su primera generación 2006-2010. *Revista INVI*, 34(96), 9-49. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582019000200009>.

Vanderschueren, F. Guajardo, C. y Díaz, G. (2016) Seguridad humana. En Santiago humano y resiliente: Una mirada desde la academia. (Santiago Resiliente) (s/i).

Wacquant, L. (2013). *Los condenados de la ciudad: gueto, periferias y estado*. Siglo XXI Editores.